

llos que manifiestan el verdadero espíritu de la revolución y de los revolucionarios; y uno de aquellos que grita, que clama al cielo y pide venganza, y que choca no solo con las leyes del cristianismo y las reglas santas de la Iglesia, sino también con las leyes inmutables de la justicia y los sentimientos inefables y universales de la humanidad? Hablo de la conducta que se tuvo con todas las religiosas del reyno.

La primera asamblea habia abierto las puertas de todos los claustros, no dudando de esta sería la señal de una desercion general; pero vió con el mayor sentimiento que se le oponia la mas firme resistencia de parte de casi todas las religiosas. ¿Qué hace pues? Se revistió con la máscara de dulzura y las permite vivir tranquilamente hasta su muerte en sus conventos respectivos; y despues como si se hubiera arrepentido de un decreto que prolongaba su existencia las mudó su régimen, las quitó la eleccion de superiores, y las suscitó cada dia nuevas contradicciones. En muchos lugares se les negó confesores, y aún hubo también intrusos que no las permitieron sino capellanes juramentados, cuyo ministerio odioso despreciaron, dando el ejemplo de una firmeza de que pocos hombres hubieran sido capaces.

La segunda asamblea tomó un camino mas breve. No habiendo producido nada la libertad que habia dado para que saliesen de sus claustros, espidió un órden mandando que saliesen inmediatamente, y que estuviesen eva-

cuados todos los conventos de monjas á fines de setiembre.

Si, todas las monjas, benedictinas, carmelitas, bernadas, clarisas, ursulinas, capuchinas, recoletas, &c., estas mugeres ligadas por los tres votos de religion, que habian puesto entre sí mismas y el mundo una barrera eterna: estas mugeres que bajo la fé pública y conducidas por el atractivo de la gracia se habian despedido por siempre del mundo para vivir bajo una clausura esacta y severa: unas mugeres olvidadas del mundo los cuarenta y mas años, y que hacian su felicidad en vivir en la obscuridad del retiro: unas mugeres agoviadas de años, consumidas de enfermedades, y muchas por su penitencia y austeridad, fueron arrojadas del pie de los altares, privadas del alimento de su piedad, y echadas del paraíso de sus delicias: se las mandó dejar su hábito, salir de sus casas, y volver al siglo, á quien atorrecian de corazon, y en donde muchas de ellas no tenian ya ni parientes, ni amigos, ni recursos.

¡Qué sensible les debió ser, y cuántas lágrimas no las hizo derramar este decreto irreligioso y bárbaro! cuanto no debió de quebrantarse su corazon en el momento en que estas esposas de Jesucristo, cediendo á la violencia, dejaron aquellos lugares en que habian pasado casi toda su vida, y en que esperaban se depositasen sus cenizas; cuando con mútuos abrazos derramaron su tristeza y su pesar; cuando

se despidieron de aquella celdilla en que meditaban sin cesar sobre las grandes verdades de la salvacion; de aquella Iglesia en que se reunian noche y dia para aplacar la ira del cielo; de aquellos jardines en que respiraban un ayre puro, pues que el viento pestilencial del mundo no llegaba allí nunca; de aquellos cementerios mismos en los cuales deseaban reunirse á sus compañeras, y cuyo lúgubre silencio era una instruccion para ellas! ¡Qué sollozos los suyos cuando dejaron aquel hábito bajo el cual habian vivido tantas santas, para tomar un vestido profano y volver al mundo á llevar una vida que contrastaba tan fuertemente con sus costumbres, y para ver allí otras con las cuales les era imposible familiarizarse!

Estas pinturas horrorosas hacen parte de la historia eclesiástica. En ella se leerá que unos católicos, siguiendo las pisadas de los protestantes y de los arrianos atormentaron de este modo á las virtuosas cenovitas por el odio que tenian á su instituto; que no contentos con haberlas arrebatado la felicidad de que gozaban en el claustro, las quitaron tambien todos los medios de ser católicas en el mundo; que no podian ni confesarse ni comer el pan de los fuertes sin esponerse á los ultrages y sin esponer tambien á sus sacerdotes al martirio; que encerradas en unos pequeños aposentos apenas podian respirar el ayre; que no se les permitia tener comunicacion ni trato entre ellas mismas, sin despertar las sospechas y escita

los peligros.... ¡qué estrana pero qué verdadera idea no se formará entónces de aquella revolucion y de aquel siglo! Pero la historia tambien referirá que muchas familias inseparables de la fé de sus padres, recogieron con una santa diligencia y celo á estos ángeles fugitivos; que las procuraron todos los recursos y consuelos que pudieron; que algunos que no tenian lo necesario partieron con ellas su pan, y mezclaron sus lágrimas con las suyas, y que en esta época de increíbles delitos se encontraron tambien ejemplos de la mas alta virtud y de la caridad mas tierna. ¡Oh Señor! Vos que velasteis sobre esta parte interesante de vuestro rebaño, dejaos aplacar por las oraciones de las pocas esposas vuestras que habran ya quedado en aquel reyno, muevaos sus llantos; y que una penitencia tan cruel y tan poco merecida no solo espie la multitud innumerable de delitos de sus compatriotas, sino que renaciendo para ellas un nuevo cielo y una nueva tierra llegue el momento deseado de su alma en que las llameis á la soledad de donde se las ha arrancado, y á las castas delicias de que gozaban.

Es forzoso concluir esta época por el mas lúgubre retrato, por el crimen mas espantoso de la revolucion, cual fué el asesinato de los obispos y de los sacerdotes. La noche del 5 al 6 de octubre de 1789, la jornada de Varennes del 22 de junio de 1791, la vuelta de los cautivos y su resultado en París el 25 del mismo, la jornada del 20 de junio de 1792, cuyos

detalles son tan gloriosos como infames para aquella nacion, y sobre todo la jornada del 10 de agosto siguiente, en que cien mil revoltosos armados inundaron el palacio del rey con la sangre de sus mas fieles servidores, y en que la cabeza sagrada de este príncipe no se escapó sino por milagro: tales fueron los tristes precursores y anuncios de la jornada del 2 de setiembre que cubrió á la capital de confusión y de luto, y que borró los horrores que presenta la historia de Fraecia en el espacio de catorce siglos.

El domingo 2 de setiembre, el mismo dia del Señor, el dia consagrado á su culto fué el que escogieron aquellos monstruos para pevorar su presa. Despues de medio dia se hizo oír el sonida fúnebre de la trompeta, é inmediatamente se reunieron los innumerables bandidos que la Europa entera habia vomitado en París; unas mugeres horriblemente vestidas en trage guerrero y embriagadas de locura, de rábía y de vino, formaban batallones dignos de la asamblea que los pagaba, y del infierno que los inspiraba: toda la ciudad estaba llena de espanto y consternacion. Ah! no se cuente este dia en el número de los años, sea borrado del calendario; pluguíese á Dios que no hubiese existido jamas aquella noche en que unas furias en figura de hombres, esparciéndose por todas las calles y plazas de aquella Babilonia, y armadas de fusiles puñales y de picas, se alimentaban de sangre y de carnicería.

Ni puedo ni debo entrar en el por menor de todas las abominaciones que esta noche desastrosa cubrió con su sombra; pero las lágrimas correrán mucho tiempo sobre los ministros del altar que se asesinaron á centenares. Muchos de ellos serán tal vez registrados y puestos en el catálogo de los mártires, así por la gran causa que los hizo perecer, como porque desplegaron un valor que no podia venir sino de la Cruz de Jesucristo.

Se citará entre otros á aquel arzobispo de Arlés digno sucesor de san Cesareo, quien á una alta virtud unia una ciencia profunda; pero que su modestia le hacia aún mas estimable porque habia llorado sobre los males de la patria, y los particulares de su ciudad episcopal (teatro y la víctima de la guerra civil), y que murió como los primitivos obispos condenados por los tiranos á muerte en ódio á la religion.

Se citarán tambien á aquellos dos hermanos unidos mucho mas que por una tierna amistad, que por la sangre, llamados de la Roche-Focault, ambos obispos, el uno de Beauvais, y el otro de Saintes: ambos diputados en la primera asamblea, en donde sostuvieron la dignidad de su estado, y mostraron una firmeza invariable de principios: ambos odiosos á los impios porque eran fieles á Dios, y aborrecidos de los facciosos porque eran leales al rey; y ambos aprehendidos en un mismo dia, encerrados en un mismo lugar, mezclaron y unieron así mismo sus oraciones, sus suspiros y su sangre.

Se citarán tambien vicarios generales, curas, religiosos y sacerdotes que sufrieron por el nombre de Jesucristo, que fueron mutilados y despedazados porque eran enemigos declarados de la nueva religion, y porque habian preferido el evangelio á la constitucion. Los nombres de muchos de ellos nos son aún desconocidos, pero Dios los conoce, los tiene escritos en el cielo, y en el dia de la resurreccion que brillantes serán sus corazones!

Se sabe por testigos oculares que perecieron de quinientos á seiscientos. Los amonaron en los conventos y en las iglesias para que la profanación fuera mas completa y mas sacrílegos los asesinatos. Pero en las que mas sangre corrió y que gritará venganza siempre al Eterno, fué en las de los conventos de los franciscanos y de los carmelitas. No se pueden comparar mejor estas nobles é inocentes victimas que á las ovejas cuando se llevan al matadero, *estimati sumus sicut oves occisionis*. Me atreveré á compararlos con aquel que san Juan llamaba el cordero de Dios, y que murió sobre una cruz sin dar la mas mínima queja? Sin duda rogaron tambien por sus verdugos estos hombres de paz, estos buenos pastores; sin duda perdonaron de corazon la cruel muerte que sufrían. ¡Ojalá que el Dios bueno haya perdonado tambien, y que mude á estos lobos en ovejas!

¡Qué espectáculo para el pueblo de París, para este pueblo antes tan dulce, tan compasivo, al ver á la mañana siguiente un sin nú-

mero de carros cargados de todos estos respetables cadáveres, mutilados y deshonrados! Los malvados se alimentaban con ellos como tigres acostumbrados á carne humana; y hé aquí lo que la posteridad no leerá sin prorrumpir en execraciones contra esta generacion. Si alguno apartaba los ojos de este horroroso espectáculo, si su sensibilidad se conmovía á la vista de sus compatriotas, de sus parientes ó amigos degollados, si se les escapaba una lágrima de compasion, inmediatamente clamaban es un aristócrata, lo rodeaban y faltaba poco para despedazarlo.

Esta segunda asamblea persiguió abiertamente y con todos los síntomas de la mas vil tiranía al respetable clero de Francia, lo persiguió con encarnizamiento, y sin interrupcion alguna empleando los medios mas vergonzosos y los mas violentos de la persecucion, el hambre, la prision, el destierro, la muerte, pero ¡qué género de muerte! digo que lo persiguió; y anado que por sí misma, porque si cayeron los puñales y las espadas sobre el clero, ella fué quien los dirigió.

Si los malvados bebieron de su sangre, ellos los habian llamado y recibido con aplauso, y ella los habia alabado, honrado y pagado; cerca de ella y á su vista cometian estos atentados; ¡y castigó á los autores y actores! ¿se tomó el cuidado de pesquisarlos? ¡manifestó el mas mínimo dolor é indignacion? No, á-

tes bien, léjos de tenerlos por delitos decia que era la justicia del pueblo.

Ella la derramó cuando en Bellême en la Perche, unas bestias feroces bajo el nombre de patriotas fueron en casa de un cura que no queria ir á la milicia y lo degollaron, se dijo (y es muy creible, si se atiende al espíritu del tiempo) que lo condujéron á la casa de su madre moribunda, que á la vista de esta muger octogenaria y desamparada lo sangraron de brazos y piernas, le cortaron la cabeza, y no dejaron á esta desgraciada madre mas que el tronco ensangrentado del cuerpo de su amado hijo.

Ella la derramó tambien cuando en Burdés el 15 de julio los jacobinos burdaleses dignos discípulos de los de París, asesinaron al abate de Langoiran, vicario general estimado por sus grandes conocimientos, por su valor religioso, y por la austeridad de su vida: lo condujeron en medio de una tropa desenfrenada de foragidos que cantaban el cántico de la muerte, y al llegar al patio del palacio arzobispal le dieron de puñaladas en la misma escalera á él y á su compañero de desgracia y de gloria el abate de Dupús: le cortaron la cabeza y la pusieron en una pica, la prodigaron injurias que no me atrevo á referir, la contemplaron con una alegría que apenas los demonios lo hubieran permitido, y la municipalidad, los cuerpos administrativos y los tribunales permanecieron mudos y pasivos. Los ecle-

siásticos testigos de esta barbárie y viéndose amenazados del mismo castigo tomaron el partido de huir, é inmediatamente fueron todos á buscar seguridad y proteccion en una tierra estraña.

La asamblea derramó esta sangre pura cuando en Limogés un sacerdote anciano y respetable fué asesinado por los caribes revolucionarios; cuando de órden suya ó con su permiso unos sacerdotes bretones encerrados en prisiones espantosas y mal sanas espiraron despues de muchos dolores por falta de cuidado, de socorro y alimento: cuando los prisioneros de Orleans encarcelados por crímenes imaginarios fueron conducidos por un decreto de ella misma á la capital; cuando por sus manejos secretos estos mismos prisioneros fueron no asesinados, no dados de puñaladas sino desgarrados y desmenuados los pedazos de sus carnes por los patriotas de Versalles satélites del senado legislador; y cuando un Castellano obispos de Mendes, á quien sus diocesanos lloraron y debe llorar la Francia entera, sufrió como los demás este género de suplicio horroroso.

Pero si la asamblea no derramó toda la sangre que queria, vertió la muy bastante para que sea un objeto eterno de execracion para los que lean su historia, y la noche del 20 de setiembre probará siempre á qué grado de perversidad habian llegado estos legisladores, y por cuantos crímenes fué preciso que pasasen

antes de venir á este atentado, que es tal, que ni el ojo del hombre vió, ni el oído oyó semejante, y que la imaginacion humana apenas puede concebirle.

No hay duda de que la tercera asamblea debió seguir los pasos de la segunda, y que siendo sus principales miembros y la mayor parte de ellos diputados tambien de la segunda, debió continuar la persecucion bajo los mismos términos, con los mismos furoros, y con la misma aversion al culto católico y á sus ministros. Es verdad que despojado, proscripto y fugitivo el clero de Francia no tenia la misma ocasion de perseguirlo, pero tenia la misma voluntad y esta divisa: *No hay rey, hay no altar, no hay Dios....* Sí: no hay Dios se dijo á sí misma mucho tiempo antes en su corazon, y no se avergonzó despues de decirlo claramente.

La primera asamblea caminaba con cierta timidez haciendo pasar todas las mutaciones que obraba en el gobierno de la Iglesia y en su disciplina por reformas útiles, y confesando siempre que era una misma la religion los sacrificios y los dogmas. La segunda se habia quitado la máscara: convenia en haber mudado el culto: no disimulaba que habia rompido toda comunicacion y dependencia con el papa, y que queria destruir de hecho la religion católica romana. Esto á la verdad era una grande impiedad, pero al fin queria para el pueblo un simulacro de religion. Mas

la tercera asamblea rompió mas abiertamente; y si no profirió el simple deísmo, manifestó el ateísmo en toda su moralidad. No hubo ya freno para el pueblo, ni mas leyes que la voluntad voluble y deprabada de este mismo pueblo perdido y embriagado de licencia.

Con semejantes principios, ó por mejor decir sin ningunos, ya no eran necesarios los templos, y se hubieran cerrado todos si no se hubiese temido á una parte del pueblo que no habian podido hacer aún que entrase en esta elevacion filosófica. Pero muchas parroquias estuvieron sin sacerdotes; y los que bautizaban, casaban y enterraban en ellas, eran los municipales; y en muchos lugares un solo sacerdote juntaba muchas parroquias, de las cuales cada una necesitaba mas de un ministro. No se cerraron los templos, pero despojaron de nuevo á una multitud de ellos de los cálices, custodias y ornamentos, pudiéndose asegurar que no quedó la sesta parte de los vasos sagrados que existian, y que la nacion robó mas de 2000 cálices, no habiendo dejado en las parroquias mas principales sino uno ó dos á lo mas. No se cerraron los templos, pero destruyéron muchos, y los que quedaron estaban en una desnudez deplorable, como que en ellos se adoraba la estatua de la libertad.

No suprimieron los sacramentos, pero deshonoraron el matrimonio y profanaron la institucion divina de Jesucristo permitiendo el divorcio que prohibió. No suprimieron la confesión

sión, pero en el hecho la abolieron porque la iglesia constitucional hizo poco ó ningun caso de ella, y muchos intrusos predicaron como Lutero contra este dogma tan útil. No destruyeron el de la Eucaristía, pero la comunión casi se ecstinguó del todo, y se borró bien pronto del número de las fiestas la de la Pascua. El bautismo pasó por un rito cristiano y muchas veces lo administraban los legos, y en la mayor parte de los lugares los que hacian de no creer en él. ¡Gran Dios, qué espantosas tinieblas cubrieron la superficie de la Francia! Las de los egipcios no fueron mas espesas.

Degolló menos sacerdotes; pero á cuántos vendió sus casas y bienes, y robó sus muebles? ¡á cuántos aprisionó y los hizo perecer, morir de disgustos y dolores? ¡no ligó á todas las manos y el ejercicio de su ministerio, no estuvo mas sujeto y atado que lo que fué jamas en Inglaterra, en Olanda y en todos los países de hereges? Degolló menos sacerdotes; pero la calumnia los persiguió en su destierro hasta en los países mas remotos y la *propaganda* queria hacerles pasar por unos hombres sospechosos sobre quienes debian velar todos los gobiernos.

Lo dicho basta para que un lector imparcial juzgue del estado del clero de Francia durante la tercera asamblea, y para que aprecie la conducta de los filósofos, de estos reformadores del género humano que declararon la guerra á los reyes á quienes llaman déspotas,

y á todos los cultos. Gracias al cielo que estos males de la Francia no se han propagado á nuestro católico reyno segun lo deseaban los nobatores, y que este torrente tan rápido en su curso, tan terrible en su inundacion y engruesado con tantas tormentas y borrascas, no ha estendido sus ruinas y estragos hasta él.

Lo que he referido hasta aquí basta para poder contestar á todas las cuestiones que puedan hacerse al clero de Francia sobre su conducta, y para responder á cuantas dificultades puedan sucitarse sobre el particular: voy ahora á continuar en el libro siguiente la narracion de los males que en la Francia produjo la anarquia y á la opresion y rapacidad de un puñado de facciosos que por último pagaron todos sus delitos en el cadalso.

Asi como al sol precede la aurora, del mismo modo fueron varias las cosas que precedieron y anunciaron la revolucion Francesa. Desde el principio del siglo XVIII. habia abierto la senda para ella, segun la libertad acostumbrada de los impios filósofos, Bayle en su Diccionario Histórico-Crítico, bastante conocido. En esta fuente corrompida bebieron á porfia los deistas, los novadores, émulos de los calvinistas en la libertad de pensar. Los jansenistas no menos enemigos de los católicos iban dirigiendo las cosas, segun el dictamen del gran Bossuet, á la misma ruina. Por fin los que llaman francmasones formaban en varias ciudades de Francia sus conventículos ó juntas noc-

turnas. Muchos ancianos y jóvenes, sábios é ignorantes, de cualquier edad y condicion leían muy de continuo libros de falsas máximas. En París y en otras muchas ciudades del reyno no tanto se dedicaban muchos estudiantes á la medicina, al derecho y á la sagrada teología, como á la nueva filosofia: hasta las mismas academias no se hallaban libres del contagio. Este se habia propagado á las provincias, y las mugercillas mismas marchaban á la incredulidad, apoyadas en mil blasfemias y cabalaciones. En los colegios de pública enseñanza los maestros imbuían á sus discípulos en estas opiniones, y en los actos públicos de la Sorbona se defendió alguna proposicion emanada de la nueva filosofia. Tampoco estuvieron los púlpitos esentos de esta doctrina. Volter y Rousseau, como capitanes de los incrédulos, iban de dia en dia hollando lo mas sagrado y venerable de la fé y de las costumbres. No puede verse sin lágrimas el retrato que hizo al vivo de estos desórdenes la junta general que en el año de 1765 celebró el clero galicano en sus instrucciones, en las que hizo bien notorio el abinco con que tiraban los novadores á destruir el trono y el altar. Por otra parte se suscitaban entre los individuos de los parlamentos alteraciones y envidias. El erario público estaba ecshausto con los gastos enormes de las guerras y deudas que anualmente se contraían. Las miras todas de Luis XVI. se dirigian á aliviar en quanto pudiese á su pueblo de las impo-

siciones y tributos, y en estas calamitosas circunstancias convocó dos juntas generales de los notables del reyno, para poner con sus acertadas disposiciones el remedio á tantos males. Estos fueron de dictamen que se debian celebrar Juntas generales de los estados.

En efecto se convocaron estas, que eran tres, compuestas del clero, de la nobleza y del pueblo, pero por desgracia se concedió al tercer estado, que lo componia el pueblo, que hubiese en él seiscientos sugetos, asi como el primer estado se componia de trescientos, y el segundo de otros tantos: para esto se alegó, que asi como el pueblo era sin comparacion mas numeroso que el clero y la nobleza, asi debia él solo igualar á lo menos á los dos estados juntos en el número de los representantes. La causa de esta solicitud y concesion fué el mismo feker protestante, y los resultados dieron bien á entender quan peligroso es en un reyno catolico ensalzar á los empleos á sugetos que no profesan en toda su pureza la religion. La intencion del piadoso rey no era otra que la de mitigarse de las quejas de los pueblos para procurar el competente remedio, pero pensaban de modo bien diferente aquellos hombres elegidos de varias sectas para componer las juntas ó asambleas. Hubo entre la nobleza y pueblo varias contestaciones y alteraciones; y el clero juzgó oportuno que tocaba al caracter de que se hallaba adornado, hacer los oficios de mediador, y para el efecto pro-



puso el proyecto de que se celebrasen unas como conferencias, compuestas de ocho comisarios de su estado, y otros ocho de el de la nobleza; pero el pueblo viniendo bien en ello nombró diez y seis, según el sistema que había pretendido y alcanzado.

Pretendió este además que se votase por cabezas ó de uno en uno; mas la nobleza no se avino á esto; antes bien demostró por los fastos de otras juntas anteriores, que no se habían de votar así, sino según el orden de estados. En dos meses continuos de congresos, en nada concluyeron, hasta que el pueblo por medio de un mensaje dirigido al clero y á la nobleza, pidió que aunque algunos no viniesen bien en ello, se juntasen en uno todos los estados: entónces fué cuando se echó de ver la división. Ciento y veinte y siete eclesiásticos, entre los cuales se contaban los arzobispos de Viena y Burdeos y el obispo de Autun, temporizaron con los deseos del estado tercero ó del pueblo, apartándose del dictamen de sus compañeros, y cincuenta de la nobleza siguieron el mismo parecer.

Desde este momento crítico fué cuando comenzó verdaderamente el desastre de la revolución francesa, siguiéndose los terribles insultos que causó un pueblo inmenso amotinado. Lo primero que hizo la plebe fué apoderarse de la fortaleza de París, llamada la Bastilla, y quitar la vida á su gobernador. En medio de aquella general confusión las cosas de

las juntas iban cada dia de mal en peor, los que las componian determinaron que para nada se había de recurrir á ninguna potencia estraña, y sacudieron bajo este especioso pretesto tácitamente la autoridad pontificia. Se prohibieron los votos solemnes de religion, y en la noche del 4 de agosto de 1789 abolieron el derecho de los feudos, y prohibieron pagar los diezmos eclesiásticos. El rey rehusó y suspendió semejante decreto, y por entónces no reclamaron los promotores, mas no por eso dejaban de pensar en otras novedades como estas, ni de infundir insensiblemente en el pueblo otras máximas de la misma naturaleza (como decía el abad Mauri, célebre por su elocuencia y por la fortaleza de su ánimo, y á quien elejó poco despues de su ausencia de Francia el sumo Pio VI. á la sagrada púrpura): recelosos de que si vomitaban de una vez todo el veneno, se consternase y horrorizase con tal atrocidad. Esparcían sin cesar rumores por el vulgo: enviaban por las provincias gente armada: amenazaban por todas partes con estragos y horrores, á toda clase de personas obligaban á tomar las armas: hacian que en todas las ciudades discurriesen durante el tiempo de la noche cuadrillas de gente armada, y con estas y semejantes providencias que tomaba la que ellos llamaban asamblea nacional. vino á prevalecer la anarquía, y á quedar sin la autoridad debida la potestad real.

El dia 5 de octubre marcharon á Ver-

salles desde París como unos treinta mil hombres armados. Sin embargo de hallarse allí Lafayette con la tropa nacional, no pudo remediar de que la plebe amotinada asesinase á muchos soldados de la guardia del rey, ni de que case el palacio y penetrase hasta el cuarto de la reyna, que por fortuna pudo por una puerta escusada refugiarse al del rey. S. M. se vió obligado al dia siguiente á retirarse á París, despues de haberse negado por tres veces á sancionar la abolicion de los diezmos y otras cosas de este jaez decretadas por la asamblea. Durante la marcha se vió el espectáculo mas horroroso que decir se puede; porque como á distancia de trescientos pasos de la carroza del rey llevaban las cabezas de los que habian asesinado, clavadas en las puntas de las lanzas.

Trasladada la asamblea nacional á París en medio de tales alteraciones, comenzó á promulgar con mas libertad y osadia sus decretos haciendo alarde de seguir las máximas de la nueva filosofia. En la sala de las juntas se erigió una estatua al famoso Rosseau; y se obligó á venir á París desde las provincias á todos los principales del reyno, para que hiciesen el juramento de la confederacion. En seguida abolieron el orden de la nobleza, cuyo decreto era muy á gusto del paladar del pueblo, porque como decia Amesio hablando de la república, cuando los libertinos establecen el dominio democrático, cierran la puerta á los nobles para las dignidades, y asimismo las a-

bren para la tiranía. Luego que quedaron en la fatal igualdad los franceses para cualquiera dignidad, se declaró que fuesen admitidos á ellas segun sus talentos, sin reparar de que fuesen de cualquiera país: determinaron asimismo que se vendiesen los bienes eclesiásticos de cualquiera condicion, y aun decian á voces, que era preciso reformar así el clero que estaba poderoso, y que cediendo estos bienes en provecho de la sociedad, se mejoraria con precision la hacienda de los particulares; pero seguramente que se manifestaron infelices reformadores, porque al mismo tiempo declararon que en nada se habian de perjudicar los haberes de los ministros protestantes que hubiesen poseido en cualquiera ocasion y con cualquiera pretexto. Tanto á los obispos como á los presbíteros quisieron que se diese el título en lo sucesivo de públicos funcionarios, cuidando la nacion de acudirles con alimentos por su trabajo: en fin se decretó que en adelante no fuese la dominante la religion católica, sino que cada cual honrase á Dios como mejor le pareciese. ¡Horroroso desbarro de la razon humana cuando queda en manos de su consejo.

La constitucion civil que establecieron para el clero exigia que los obispos nuevamente electos por la municipalidad, de cualquiera secta que ésta se compusiese de protestantes, judíos, turcos, deístas &c. debian escribir al sumo pontífice para hacerle saber únicamente que no estaban separados de su comu-